

Te lo dije

Biblioteca Megan Maxwell



—Padre Francisco, padre Francisco... —casi gritó Margarita con su perpetua sonrisa—. ¿A qué hora podemos venir a decorar la catedral?

—Cuando ustedes quieran, señora —dijo el cura sin inmutarse.

—¡Mamá, por favor! —se quejó Victoria apurada, ordenándole callar.

—Margarita, querida —intervino Mónica, la futura suegra de la chica—, la empresa que organiza la boda se encargará de todo.

—Cuando mi hija Piluca se casó con el duque de Morealto en la estupendísima iglesia de los Jerónimos —contó Cuca Costa de Linaza, amiguísima de Mónica—, hicieron un arreglo floral monísimo, con tulipanes frescos traídos especialmente de Holanda.

—¡Vaya! —exclamó Margarita, la madre de Victoria, que no sabía cómo acertar con aquella finolis—. Pero ¿para qué fueron hasta Holanda, con las flores tan preciosas que tenemos en España? —Y, antes de que su hija pudiera decir nada, murmuró—: Si alguna vez queréis flores de las buenas, la gitana de mi barrio tiene de todo, sin necesidad de ir a Holanda.

—Seguro que sí. —A Mónica le desagradaba la vulgaridad de aquella mujer—. Pero repito: las flores de la boda serán preciosas.

—¡No lo dudo, chata! —replicó Margarita, poniendo así punto y seguido y ganándose una mirada de reproche de su hija—. Pero como madre de la novia quiero saber qué flores son.

En verdad tampoco le importaba tanto, pero si esa pija de La Moraleja creía que iba a hacerla callar, ¡lo llevaba claro!

—¡Mamá, déjalo ya! —le pidió Victoria poniendo los ojos en blanco.

¿Por qué su madre no podía morderse la lengua? La estaba dejando en ridículo.

—Victoria, cielo —alardeó su suegra con petulancia—, quiero que sepas que los encargados de preparar la boda son los mismos que organizaron la de la hija del expresidente del gobierno.

—Eres un encanto, Mónica. Tú siempre tan atenta —contestó ella, que esperaba que con esa respuesta su madre se diera por vencida y pudieran dar por zanjado el tema de las flores.

Pero no fue así.

—Margarita —insistió Mónica clavando en ella sus gélidos ojos claros, tan iguales a los de su hijo, que parecían provenir de la misma piedra de Neptuno—, yo soy una mujer muy exigente, y para la boda de mi hijo quiero lo mejor, ¡cueste lo que cueste! —afirmó mirando a sus amigas, que asintieron—. Quiero que mis mil cien invitados, gente ilustre, recuerden la boda de Carlos como un evento maravilloso. ¿Acaso no quieres lo mismo para tus quince invitados?

En esto último había más veneno que en las glándulas urticantes de una familia de cobras del desierto.

—¡Por supuesto, chata! —replicó Margarita sin amilanarse, aunque sí se mostró incrédula con la poca educación de aquella estúpida, y lo que más deseaba en aquel momento era meterle uno de los candelabros del altar por el culo.

Sin embargo, tras mirar a su hija, a quien notaba incómoda con su presencia, disimuló con dignidad la sensación de inferioridad que aquellas imbéciles le provocaban y prefirió no decir nada más.

—No digas tonterías. Estarás tan fantástica que nadie se fijará en ciertos personajes. Y cuando Charly te vea, no podrá apartar los ojos de su peluche preferido.

Peluche, peluchito, así la llamaba Charly en la intimidad. Pocas personas lo sabían, pero Beth era una de ellas.

La primera vez que Victoria y Charly se vieron fue en una famosa tienda de muñecas situada en la Gran Vía madrileña. Beth y ella compraban un enorme peluche para Luana, una amiga, y fue tal el flechazo para Charly que la persiguió día y noche hasta que consiguió una cita con ella.

—Espero que tengas razón —asintió Victoria aceptando el abrazo de su amiga—. Gracias, Beth. Eres maravillosa. Siempre sabes lo que necesito.

Y era cierto. A diferencia del resto del mundo, Beth la entendía. Se habían conocido en una cena de empresa, siete años antes, y desde entonces se habían hecho íntimas amigas.

En aquella época, Victoria estaba muy sola. Beth era diez años mayor que ella, además de la hermana del director de su empresa, algo que en cierta forma le solucionó la vida, ¿para qué negarlo? Esa poderosa mujer la tomó bajo su protección, la moldeó a su imagen y semejanza y le enseñó un mundo más selecto y lujoso que el que ella nunca habría esperado conocer. Con el tiempo, cuando los asociados de la empresa le ofrecieron una oportunidad animados por Beth, Victoria fue lista y la aprovechó.

—Para eso estamos las amigas —respondió Beth mientras, subida en sus taconazos, observaba a Charly aparcarse su biplaza rojo encima de la acera y acercarse a ellas—. ¿No crees, querido?

—Buenos días, señoritas —las saludó aquel tipazo de hombre.

—¡Charly! —exclamó Victoria mientras se escabullía del abrazo de su amiga para sonreír a su guapo y metrosexual novio.

—¿Qué te ocurre, peluche? —preguntó él tras un casto beso.

—Tu suegra está ahí dentro —señaló Beth antes de que Victoria pudiera contestar.

—Entiendo —asintió él, torciendo el gesto y colocándose bien el cuello de su camisa—. Iré entrando, antes de que a mamá le dé un ataque.

Y, tras dirigirle una breve sonrisa a Victoria, atravesó la puerta de la catedral. Nunca le había gustado la madre de su futura esposa, y estaba seguro de que a Mónica tampoco.

En efecto, nada más entrar en la catedral, Charly las encontró junto al altar, cuchicheando sobre la decoración de la iglesia. Se acercó a ellas con la más higiénica de sus sonrisas.

—Hola, mamá —besó en la mejilla a su progenitora, y dedicó una fría pero caballerosa expresión a Margarita—. ¿Algún problema, querida suegra?

—Ninguno, querido yerno —contestó ella con la misma frialdad, mirando sus helados ojos azules.

No se soportaban. Lo sabían y procuraban dejarlo patente en sus escasos encuentros. Margarita estaba segura de que Charly intentaba separarla de Victoria, pero ella no estaba dispuesta a permitirlo. Era su hija y la adoraba a pesar de sus continuos desplantes.

—Carlos —murmuró Mónica mientras Beth se acercaba con su espectacular y sexy vestido Armani—. Tu suegra está preocupada porque duda de que la empresa que organiza la boda decore bien la iglesia.

—Querida suegra —respondió Charly acercándose a ella—, tú sólo ocúpate de llegar mañana sobria a las cinco en punto, que del resto me ocupo yo.

Tras observarse con odio durante unos segundos, Margarita se volvió hacia el padre Francisco. Necesitaba un poco de cordialidad, aunque sólo fuera una mirada.

En la calle, Victoria intentaba calmar su ansiedad fumando un cigarrillo. La presencia de su madre en la catedral la llenaba de inseguridades. ¿Qué pasaría por la cabeza de su suegra?

Se apoyó en la pared y pensó en lo fácil que habría sido si Charly no se hubiera dejado embaucar por su madre, o sea, por su finísima suegra. La suya debería haber sido una boda íntima. Pero no. Al final aquello se había convertido en un bodorrio de ¡mil ciento quince invitados!

Mónica, su suegra, se había encargado de que la petición de mano apareciera publicada en las páginas de sociedad, en especial y a todo color en la revista *¡Hola!* Precisamente aquello había sido el detonante para que su madre y algunas vecinas de toda la vida se enteraran de su boda.

—Vaya, vaya... Mi hermanita pecando como los simples mortales.

Al oír aquella voz, Victoria se puso aún más tensa. ¡Su hermana! La especialista en acarrear problemas acababa de aparecer. Así que sólo tuvo que levantar la mirada para encontrarse con la guasona sonrisa de Bárbara, que se acercaba junto a su amigo Víctor.

—No me lo puedo creer —casi gritó Victoria al ver su indumentaria—. ¿Cómo se te ocurre aparecer así vestida?

—¡Te lo dije! —le advirtió Víctor a su amiga y, tras darle un beso a Victoria, se situó entre ambas.

—Sí. Y yo te dije que mi hermana llevaría un moño alto y estirado y traje oscuro de marca —respondió Bárbara cogiendo los cinco euros que Víctor le entregaba.

—Os encanta incordiar-me, ¿verdad? —replicó la aludida mirándolos con cara de pocos amigos.

—Nos encanta ver cómo se te hincha la vena del cuello, sí —confesó Víctor sonriente.

«Llevo tiempo sin verte y sigues igual de borde, querida hermana», pensó Bárbara, acercándose a ella para darle un beso. Pero entonces Victoria se movió, la mano de Bárbara golpeó el cigarrillo sin querer y éste, a su vez, se aplastó contra su blusa de seda beige.

—¡Por Dios, Bárbara! —gritó Victoria al ver la quemadura—. Te has cargado la blusa de Carolina Herrera.

—¡Serás imbécil! —respondió su hermana indignada—. Y yo me he quemado la mano. Pero ¡claro, es más importante tu carísima blusa de marca, ¿verdad, pija insensible?! —gritó sin importarle la gente que pasaba por la calle.

—¡Ya estamos! —suspiró Víctor, que sabía lo que se avecinaba—. Comienza la lucha.

—Prefiero ser como soy a una fracasada aspirante a escritora como tú —replicó Victoria mirando las oscuras ojeras de su hermana.

—¡Serás bruja!

—¡Futura señora bruja para ti! —repuso Victoria con altivez—. Y, por cierto, ¿cómo te atreves a aparecer en el ensayo de mi boda vestida con vaqueros y una camiseta en la que pone «Colega, salva las ballenas»?

—Porque sabía que no os gustaría ni a ti ni al imbécil de tu novio —afirmó agriamente Bárbara.

—¡Estúpida!

—¡Pija de mierda!

—¡Chicas, chicas..., por favor! —intervino Víctor tratando de poner paz—. ¡Basta ya! No podemos estar toda la vida igual.

—Tienes razón —asintió Bárbara y, mirando con dureza a su hermana, espetó—: Me piro de esta comedia absurda. Pero antes voy a decirte una cosa, señorita triunfadora. Si estoy aquí es porque mamá me lo ha pedido. No porque yo quiera tener nada que ver contigo ni con tu nueva familia.

Al percibir la amargura en la voz de su hermana, Victoria supo que se había pasado. Lo sabía, pero era incapaz de dar marcha atrás.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Margarita, que al oír las voces había corrido hacia la puerta de la catedral seguida por Charly y Beth—. ¡Vaya, pero si han llegado mis otros dos tesoros! —Y, sintiéndose más segura, miró al estirado de su yerno—: Iré a avisar a tu madre. Estoy convencida de que le encantará conocerlos.

Con una desafiante sonrisa y antes de que nadie pudiera moverse, Margarita desapareció de nuevo en el interior de la catedral.

—¡Vaya pintas! —se mofó Charly tras mirar de arriba abajo a aquellos dos.

—Como suelte por esta boquita lo que yo opino de la tuya —replicó Bárbara—, ten por seguro que lo vas a lamentar.

—Creo que es mejor que nos vayamos —murmuró Víctor acercándose a su amiga, que temblaba a pesar de su aparente tranquilidad.

Habían pasado casi dos años desde su último y desafortunado encuentro, pero aún le dolía recordar cómo Victoria le había negado ayuda a su madre cuando ésta llegó al límite de su adicción.

—Ay, Barbie, Barbie... ¿Aprenderás modales alguna vez? —terció Beth acercándose a Victoria, quien observaba la escena en silencio—. Si sigues así, conseguirás ser más vulgar que tu madre. Es más: ya hueles a barato.

—¡Serás hija de puta! —la insultó Víctor con desprecio.

—¡Basta ya! —gritó Victoria, pero nadie le hizo caso.

—Si no te importa, sanguijuela recauchutada —repuso Bárbara, que no podía soportar a ninguno de ellos, y mucho menos a Beth—, mi nombre es Bárbara. Y si no quieres probar mis modales de barrio no vuelvas a mencionar a mi madre, o te juro que te tragarás los dientes de conejo que tienes. —A continuación se volvió hacia su hermana y espetó—: Siento vergüenza de ti. ¿Cómo puedes permitir que hablen así de mamá?

En ese instante se oyeron voces de mujer, y Víctor, que no estaba dispuesto a que Margarita se enterara de lo que ocurría, fue el primero en reaccionar.

—¡Marga, estás guapísima! —exclamó corriendo a besarla—. Muy pero que muy guapa. Ese vestido te sienta fenomenal. Pareces una artista.

—Gracias, tesoro —dijo ella luciendo su nuevo vestido de C&A.

A pesar de sus cincuenta y cinco años y de no haber tenido una vida muy fácil, Margarita Zúñiga era una mujer atractiva y resultona.

—Hola, mami —la saludó Bárbara mordiéndose la lengua. Odiaba a esa gente pero, le gustara o no, aquel relamido iba a ser su cuñado.

A continuación, con paso lento y entre cuchicheos, el heterodoxo grupo de invitados entró en la catedral para ensayar la que sería, en palabras de Mónica, la «boda más cuca del año».